

MARK FROST

EL SEXTO MESÍAS

Traducción del inglés a cargo de Jordi Mustieles

IMPEDIMENTA

PRÓLOGO

EN EL ESTE DE TEJAS, JULIO DE 1889

El escorpión permanecía inmóvil sobre el dorso de la mano del tahúr. Un ligero temblor recorrió el cuerpo estriado y correoso del insecto, pero su rudimentario sistema nervioso era incapaz de resistir la fuerza superior que dominaba sus instintos agresivos.

Solo sabía: *Aún no.*

El tahúr sentía que el mismo poder lo sujetaba contra el suelo como un manto de rocas planas. Con los brazos y las piernas extendidos, los músculos y los huesos fundidos. Aún podía mover los ojos, frenéticos y muy abiertos, y veía el escorpión, pero no al Predicador jorobado que andaba de un lado a otro detrás de él, haciendo crujir bajo sus botas la tierra apelmazada. El terror cantaba en el cuerpo del tahúr con alaridos tan potentes como los de aquella ópera italiana que había visto en St. Louis. Sus pensamientos se derretían antes de cobrar forma, igual que la nieve en primavera, y la mente que tanto se había esforzado en educar le resultaba ahora tan inútil como un pozo seco.

El Predicador se colocó ante sus ojos, se detuvo, lanzó un escupitajo de caliente jugo de tabaco sobre el rostro contraído del

tahúr y dirigió una sonrisa al desventurado dandi de chaleco y botines que, tensado sobre el polvo mediante estacas, semejaba una tienda de campaña.

—Te prometo, amigo, que el hombre que me haga trampas jugando al póker verá premiados sus esfuerzos con algo más que una bala —afirmó el Predicador con su meloso acento de Alabama—. Ahora préstame atención, hijo, y te concederé una recompensa más justa que una hoja de cuchillo en el vientre.

El Predicador agitó los brazos y sintió rugir el Fuego Sagrado a lo largo de la columna vertebral: *Oh, sí* —pensó—, *así es como el Señor recompensa a su Fiel Sirviente; mi incesante dolor, los años perdidos, esa negra extensión de carretera desierta en el centro de mi mente, todo está olvidado. ¡Se ha sembrado en mí la semilla del Profeta! ¡He sido elegido! La Visión que desde hace unos meses acude a mis sueños es un don de Dios; mi destino se despliega ante mí, claro como el hielo: conduciré a las multitudes hacia el desierto y construiré allí una Nueva Jerusalén. Descargaremos el martillo de la Salvación sobre un mundo perverso.*

El Predicador miró al tahúr e hizo una mueca de desdén. *Este ventajista de pacotilla, con el as escondido en la bota y el Derringer tras la hebilla del cinturón, y el resto de esa chusma de patanes de las praderas no son más que un mar de vasijas vacías que están esperándome para que infunda algún propósito en sus deleznables almas. ¡El Arcángel me eleva sobre sus alas y llena mi alma de Poder!*

Como se había adiestrado para hacer, el Predicador asió el Poder que se agitaba en sus entrañas y lo disparó hacia el desierto como el haz de luz de un faro. Le respondió un cascabeleo seco, y bajo la rojiza claridad moribunda la arena empezó a hervir de vida. Haciendo visera con la mano para protegerse del sol poniente, el Predicador escrutó la llanura: pinzas, escamas, garras espinosas, una oleada viviente que avanzaba en enjambre hacia él. Serpientes de cascabel, escolopendras, víboras, sapos, tarántulas, todos atrapados por la red, por la magnética promesa de su Palabra.

El Predicador ladeó el cuello, permanentemente rígido, en un ademán de fingida sorpresa.

—Bendita sea mi alma —susurró—. ¿Quién iba a figurarse que habría tantos de esos ahí en el desierto?

La masa de escorpiones, arañas y serpientes se elevó para detenerse a dos centímetros del tahúr, dibujando el contorno de este sobre la tierra. Oscilando sobre él, la columna oscureció el crepúsculo, pero el cerebro desquiciado del hombre no supo hallar sentido a lo que veía.

El Predicador abrió las manos y su voluntad fluyó hacia la miríada de alimañas, que reanudaron su avance al mismo tiempo, cubriendo hasta el último centímetro cuadrado del cuerpo del tahúr, cuya débil respiración resonaba ásperamente al filtrarse entre una selva de miembros afanosos e inquietos. De nuevo las alimañas quedaron inmóviles, paralizadas como el hombre que yacía debajo de ellas, esperando dócilmente la siguiente instrucción.

El Predicador dio un paso atrás, cruzó los brazos y se pellizcó la barbilla, parodiando a un pintor que admira su lienzo.

—Figura yacente compuesta de insectos y reptiles. Me parece que… tendremos que buscarle un título a esta excelente obra. ¿No estás de acuerdo, vecino? —preguntó, y enseguida hizo chasquear los dedos y añadió—: Ya lo tengo: *Naturaleza muerta en el desierto.*

Una risotada húmeda escapó, burbujeante, de sus labios. El Predicador cerró la mano sobre el grueso fajo de billetes del tahúr, que se había guardado en el bolsillo, y se entregó a la oleada de gozo que descendía sobre él como cálida agua de mar.

Sí. Eso era mejor que despertar al borde de un camino, frío y tembloroso, sin nombre, incapaz de hablar, sin pasado ni futuro, como una bestia muda atrapada en una rendija del tiempo. Resucitado. Renacido según Su imagen. Enviado para divulgar la Palabra y dar comienzo a la Obra Sagrada.

Esto era mucho más… satisfactorio.

Alzó los brazos en un gesto teatral, como un director al frente de su orquesta. Los instrumentos respondieron irguiendo colas, abriendo mandíbulas, exhibiendo colmillos.

El tahúr percibió el cambio que se producía alrededor de él y la escasa razón que le quedaba huyó como un ratero.

Ahora.

Liberada, la naturaleza muerta se disolvió al instante para reptar de regreso hacia el desierto, una vez más sin mente, separada y temerosa.

El Predicador se propuso hacer algún comentario adecuado ante el cuerpo del tahúr, pero perdió el interés cuando su mirada se desplazó del cadáver al pueblucho de mala muerte que se divisaba a lo lejos, una hilera de edificios negros recortada contra el horizonte rojo y anaranjado; en la ventana más alta del *saloon* donde habían jugado la partida de póker parpadeaba una lámpara.

A ver, ¿cómo se llamaba este lugar?

Tejas.

Un erial provinciano abandonado de Dios, el Oeste norteamericano; sin cultura, sin teatros ni cafeterías… Un desperdicio de terreno perfectamente aprovechable.

Pero, por otra parte, aquí la gente es mucho más impresionable.

El Predicador arrojó un puñado de tierra sobre el cadáver hinchado y descolorido, giró sobre sus talones y emprendió el regreso hacia el pueblo, haciendo tintinear las espuelas de plata mientras arrastraba la pierna tullida medio paso por detrás.

Tendré que leerme la Biblia, pensó de pronto. Es lo mínimo que esos palurdos esperarán de mí.

LIBRO PRIMERO

El Elbe

CAPÍTULO 1

19 DE SEPTIEMBRE DE 1894, II DE LA NOCHE

Vaya condenada molestia ha resultado ser toda esta charlatanería de Holmes. Que semejante nulidad de hombre, una máquina calculadora ambulante y parlante que no demuestra más humanidad que un caballito de madera, haya podido inspirar tanta pasión en el seno del público lector es para mí un misterio mayor que cualquiera de los que he tramado para que él los resuelva.

Una vez más, hoy mismo, en esta velada en el Garrick Club —mi cena de despedida— el tema de la muerte prematura de Sherlock ha dominado la conversación con la insistencia zafia y tenaz de un norteamericano que presenta su candidatura a un cargo político. Concebido en un momento en que mi única preocupación era dar de comer a mi familia, esa especie de homúnculo, esa marioneta cerebral se ha introducido en la vida de algunos de mis lectores hasta adquirir una entidad mayor que sus propios amigos y parientes. Desconcertante. Claro que, si la previsibilidad en todas las creaciones de Dios fuese lo que el Hombre de Arriba pretendía, habría arrojado la toalla después de levantar el Himalaya.

¡Qué ingenuidad la mía!, suponer que darle el empujón al viejo Holmes desde las cataratas de Reichenbach acabaría con el revuelo

de una vez por todas y me permitiría dedicarme a mi trabajo formal. Ya ha pasado casi un año desde que ese Sherlock de pega dio el salto, y el público aún sigue indignado por su fallecimiento. A decir verdad, ha habido unas cuantas ocasiones en que he experimentado una justificada preocupación por mi bienestar físico. Aquella mujerona con la cara colorada que blandía un paraguas en una carretera rural cerca de Leeds. Aquel espantajo de hombre que seguía mi coche por la ciudad con mirada de un auténtico perturbado mental. El muchacho tembloroso de ojos hundidos que me abordó en Grosvenor Square y se puso a tartamudear revelando tal exceso de violencia contenida que parecía que iba a estallarle la cabeza antes de que lograra escupir una frase. ¡Demencia!

Lo que me saca de quicio es la posibilidad de que, a consecuencia de la fanática devoción engendrada por mi Frankenstein de Baker Street, el resto de mis libros, la obra en que he puesto el alma y el corazón, tal vez nunca reciba el juicio justo que todo autor espera del tribunal de la opinión pública. Sea como fuere, me consuelo pensando que, de no ser por el señor H., quizá los únicos estantes que llenaría mi supuesta obra personal son los que hay en el fondo de mi baúl de viaje.

Pero por lo que se refiere a la Pregunta Candente que con tanta vehemencia me fue planteada anoche, como en todas las ocasiones en que juzgo conveniente presentarme en público (entre las que se cuenta, ¡circunstancia abrumadora! —la boca abierta con una cuña, la garganta al descubierto, la mano de mi inquisidor blandiendo instrumentos agudos—, mi reciente visita al dentista), la respuesta sigue siendo la misma:

No, hoy no.

No habrá Resurrección. El hombre cayó a plomo dentro de una grieta desde una altura de más de seiscientos metros. Aplastado sin posibilidad de reparación; no existe ninguna esperanza de recobrarlo. Está más muerto que Julio César. Se debe guardar un respeto a los dioses de la lógica.

Me gustaría saber cuándo lograré hacerles comprender no solo que está muerto, sino que es un personaje de ficción: no puede contestar

a sus cartas, en realidad no reside en el 221B de Baker Street y, a fin de cuentas, no puede prestarles la menor ayuda en la resolución de ese persistente misterio que los obsesiona en todos sus instantes de vigilia; aunque mi sincero consejo a esas personas sigue siendo que, si Micifuz realmente ha desaparecido, lo busquen en lo alto de un árbol. Si tuviera medio chelín por cada vez que me han preguntado… Aunque, pensándolo bien, supongo que lo tengo.

¿Qué me espera en América respecto a la muerte de SH? Me han dado a entender que la pasión por Holmes arde allí con mayor intensidad aún, si bien confío en que el entusiasmo que suscita en mí la perspectiva de pisar sus orillas contrarreste cualquier incomodidad a que pueda dar lugar el salto de Holmes al vacío. Estados Unidos y los estadounidenses han cautivado mi imaginación desde que era un niño; su ingobernable precocidad, la inquebrantable resolución que impulsa el progreso deslumbrante de esa joven república obrarán en mí, o así lo espero, como un potente tónico vivificador.

Cinco meses en el extranjero. Mi amada esposa no está tan fuerte, ni mucho menos, como querría hacerme creer, pero sí completamente decidida a verme dar el paso adelante en mi carrera que este viaje representa. Así sea: la frustración que se deriva de mi impotencia para aliviar sus males no aporta solaz a ninguno de los dos. La maldita enfermedad seguirá su curso inevitable a pesar de todos mis esfuerzos, y sea cual fuere nuestro paradero, la distancia que nos separa es cada vez mayor; cuanto más me introduzco yo en el mundo, más se retira ella de él. En estos momentos, la energía que dedica a tranquilizarme le es más necesaria para reunir sus propios recursos. Es su lucha, y en última instancia, debe ganarla ella sola.

Sin pesar, pues. Los días que se aproximan no tardarán en pasar, como hacen siempre; pronto habré terminado mi gira por América y estaré de regreso junto a mis seres queridos. Mi hermano menor, Innes, será un excelente compañero de viaje; dos años en los Fusileros Reales han obrado maravillas en el muchacho. Esta noche, al verlo saltar en mi defensa en el Garrick, se me ha ocurrido que Innes me recuerda mucho al muchacho apasionado e impetuoso que era yo hace diez años, cuando por un breve tiempo viajé en compañía de un hombre cuyo

recuerdo sigue siendo, aún hoy, más vivido e incomparable que el de cualquier otra persona que yo haya conocido en esta vida.

Nuestro tren sale hacia Southampton con las primeras luces del alba; mañana a mediodía habremos zarpado. Me espera una pacífica e ininterrumpida semana de lujoso esparcimiento.

Hasta entonces, diario…

—Dale esos bultos al mozo de cuerda, Innes, para eso está aquí; vamos, vamos, adelante…

—Aún nos queda mucho tiempo, Arthur —dijo Innes mientras cogía un maletín.

—No, el maletín no; ahí va mi correspondencia. No lo pierdas de vista.

—Sé perfectamente qué es cada cosa…

Un mozo de cuerda entrado en años empezó a levantar con esfuerzo el primer baúl para cargarlo en su carretilla.

—Tenemos un coche esperándonos, mozo… Cuidado con ese cofre, está lleno de libros. —Después, en un aparte a Innes, añadió—: Dale media corona, ni un penique más; estos hombres siempre hacen ver que se desloman, cuando la verdad es que están tan en forma como un forzudo de circo. Ahora, vamos a ver, ¿dónde diablos está Larry?

—El tren acaba de llegar, Arthur —observó Innes.

—Y él tenía que estar esperándonos aquí en el andén. ¡Maldita sea! No sé por qué lo enviamos con un día de anticipación si luego no es capaz de encontrar…

—¡Hola! ¡Hola, señor! ¡Aquí estamos!

Larry los saludó con la mano mientras avanzaba hacia ellos desde la entrada de la estación.

Doyle consultó su reloj.

—Hace diez minutos que hemos llegado —rezongó—. Puntuales. Sé de buques que han zarpado dejando pasajeros en tierra.

—Todavía falta una hora, Arthur. Mira, desde aquí se ve el barco. Creo sinceramente que no hay motivo de preocupación. —Innes señaló el Muelle Real, donde las majestuosas chimeneas

rojas del transatlántico *Elbe* se recortaban con claridad sobre un cielo gris y encapotado.

—Dejaré de estar preocupado cuando nos encontremos a bordo, en nuestro camarote y con el equipaje seguro en la bodega, ni un segundo antes —replicó Doyle, y se puso a examinar los billetes y los pasaportes por tercera vez desde que había bajado del tren.

—Vaya, conque eres un viajero nervioso —comentó Innes con la sonrisita afectada que reservaba para el comportamiento más visiblemente ridículo de su hermano mayor.

—Sí, tú ríete. Un día perderás un tren o un buque y entonces veremos si me encuentras tan divertido; la lista de posibles percances que nos impedirían alcanzar nuestro destino es tan larga como una vara de farolero. Llegar a los sitios a tiempo no es cuestión de suerte; es un acto de pura voluntad. Cualquier actitud en sentido contrario constituye una invitación al universo para que descargue sobre uno desastres indiscriminados, y no es que necesite invitación alguna…

—¡Aquí estamos, señor!

—Santo Dios, Larry, ¿dónde te habías metido? Hace siglos que hemos llegado.

—Lo siento. Una mañana de mil demonios, señor —respondió el bajo y robusto Larry, todavía jadeando tras abrirse paso a la carrera entre los pasajeros que abandonaban la estación.

—Ah, ¿sí? —preguntó Doyle, y miró de soslayo a Innes—. ¿Y eso?

—Lo que le digo; a las cinco de la mañana suena la alarma en el hotel, timbrazos, mujeres chillando por los pasillos, todos yendo de un lado a otro en paños menores, y no nos dejan volver a nuestros catres durante casi tres horas. Por lo visto, un jeque de Arabia que preparaba curry en su habitación pegó fuego a las cortinas.

—Tremendo —dijo Doyle, y siguió observando a Innes para juzgar el efecto del lastimero relato de Larry—. ¿Y qué ocurrió luego?

—A consecuencia de los hechos todo el mundo ha salido del hotel con retraso, lo cual ha provocado una migración masiva a la estación y una espera de media hora para conseguir un cabriolé, y aunque yo había tomado la precaución de contratar un cochero para esta mañana, el condenado es incapaz de acercar su carruaje a la entrada, debido al tráfico que hay, y no logro distinguirlo entre el gentío.

—Parece un milagro que no se le rompiera un eje.

—Ah, fue toda una escaramuza, un verdadero partido de rugby —dijo Larry, que nunca rechazaba una invitación implícita a seguir hablando—. Mi cochero no se ve por ninguna parte; estoy a punto de abandonar la nave y arriar los botes salvavidas cuando por fin el sujeto se destaca de la manada, pero apenas hemos dejado atrás el atasco ante la puerta del Ritz y, ¿qué ocurre? Que un carro de cerveza vuelca en plena calle con toda su carga y se forma tal atasco que en dos manzanas a la redonda no hay quien consiga avanzar un paso.

—Habrán tardado por lo menos media hora en apartar el carro —comentó Doyle, intercambiando otra mirada con Innes.

—Media hora larga hasta que se ha despejado el atasco, y acabamos de reemprender la marcha cuando uno de nuestros caballos pierde una herradura en el barro y empieza a cojear como un perro con tres patas. Al cochero le entra un humor de mil demonios y no se deja calmar; es galés, claro, como cabe suponer, de modo que no me queda más remedio que abandonar los restos del naufragio en mitad de la calle, recorrer el último kilómetro a pie bajo una lluvia torrencial y abrirme paso con denuedo entre una horda de turistas desquiciados para conseguir otro coche. Menos mal que he salido del hotel una hora antes de que llegara el tren, porque de lo contrario habrían sido más de diez minutos de retraso.

—Gracias, Larry —dijo Doyle.

Considerando que su discusión con Innes acerca de los caprichos del destino había quedado satisfactoriamente zanjada, Doyle exhibió una sonrisa de triunfo, pero Innes, con esa actitud

peculiar de los hermanos menores, no dio ninguna muestra de reconocer la derrota y permaneció mirando la lejanía con rostro imperturbable, como si las pirámides se alzaran sobre una colina distante.

Con el mozo de cuerda a sus espaldas, Doyle emitió un bufido áspero y señaló hacia la salida. El joven y fornido Innes ocupó la vanguardia y empezó a abrir un surco entre la muchedumbre como si del rastrillo de una locomotora se tratase.

—Puede agradecérselo al hecho de que nuestro nuevo cochero sea un admirador de la Máquina de Sumar —respondió Larry, utilizando una de las denominaciones en clave con que designaban al célebre personaje de Doyle—. Para que aguardase por nosotros he tenido que prometerle un autógrafo.

Antes de dar tiempo a Doyle a preguntar nada, Larry sacó del bolsillo del impermeable un ejemplar de la revista *Strand* en el que aparecía un viejo relato de Holmes: cinco años al servicio de Doyle habían conferido al antiguo ratero una capacidad casi sobrenatural para prever todas las necesidades de su patrón.

—Me he tomado la libertad.

—Bien hecho —dijo Doyle con tono de aprobación mientras sacaba una pluma del bolsillo—. ¿Cómo se llama el cochero?

—Roger Thornhill.

Doyle cogió la revista que le ofrecía su fiel secretario y garabateó una dedicatoria —«Para Roger. ¡Empieza la partida! Sinceramente, Arthur Conan Doyle»— entre la gente que pugnaba por salir.

—Aún tenemos tiempo de sobra —comentó Innes con calma.

—Lo malo es —dijo Larry— que, al tener que hablar a gritos para que entre todo este estruendo los cocheros consiguieran oírme, me temo que ha corrido la voz de su llegada…

—¡Ahí está! —exclamó una voz, y unas cincuenta personas, muchas de ellas con un ejemplar de *Strand* en la mano, se abalanzaron hacia Doyle en cuanto este cruzó las puertas, formando en torno a él una masa impenetrable y vocinglera que se interponía entre los viajeros y su coche (en cuyo pescante Roger agitaba

frenéticamente los brazos) mientras, a lo lejos, los llamaban las inalcanzables chimeneas del *Elbe,* cada vez más próximo a partir.

—Juego, set y partido —le dijo Doyle a Innes antes de adoptar su expresión pública y salir al encuentro de la embestida, pluma en ristre, con una palabra amable para cada admirador y la determinación de atender con cortesía todas sus demandas tan deprisa como fuera humanamente posible.

Entre escribir dedicatorias, intercambiar saludos, soportar anécdotas («Tengo un tío en Brighton que también es un poco detective…») y rechazar amable pero firmemente los manuscritos de autores aficionados, pasó una buena media hora. El viaje en cabriolé hasta los muelles transcurrió sin incidentes, amenizado por el monólogo del cochero acerca de su asombrosa buena suerte y variaciones sobre el tema «Esperen a que se lo cuente a la parienta».

Cuando al cabo de diez minutos llegaron a la aduana, saltaron con tal facilidad sobre todas las vallas de la carrera de obstáculos burocrática que representaba abandonar la madre patria, que Doyle no pudo evitar sentirse desilusionado en parte, ya que se vio privado de utilizar la tremenda presión de vapor que había acumulado para fulminar al primer burócrata que pretendiera interponerse en su camino.

Algo andaba mal; aquello era demasiado sencillo.

Ahí estaba Doyle; ante él, el funcionario —los papeles en una mano, el sello de goma en la otra—, la última valla antes de la meta, y aún faltaban cinco minutos para que zarpase el barco, cuando con el rabillo del ojo divisó y, con el instinto infalible de la presa acosada, reconoció al periodista solitario que acechaba su llegada, alerta como un felino en la jungla.

—¡Señor Conan Doyle!

El hombre saltó; libreta en mano, traje arrugado, cigarro masticado en la boca, sombrero panamá y todo el ímpetu y la confianza de un terrier que ha husmeado una pista. Era un sabueso de la prensa, por supuesto, y de la raza más peligrosa: norteamericano.

Doyle echó una rápida mirada en torno. Maldición: Larry e Innes ocupados con el equipaje. La cola le cortaba la retirada; no había posibilidad de escape.

—¡Señor Arthur Conan Doyle!

—Cuenta usted con mi atención, señor —respondió Doyle, mientras se volvía hacia él.

—¡Fantástico! ¡Parte usted hoy hacia Estados Unidos, su primera visita! ¿Qué piensa al respecto?

—Demasiadas cosas para ponerme a enumerarlas.

—¡Claro! ¿Por qué no? ¿Impaciente por llegar? ¡Tiene que estarlo! ¡Causará usted sensación en Nueva York! ¡Qué gran ciudad! ¡Enorme! No se lo imagina; ¡recto hacia arriba! —Levantó los brazos con ademán vigoroso—. ¡Ya lo verá!

Aquel hombre estaba loco, comprendió Doyle. Majareta perdido. Sonríe, Doyle, se dijo; siempre hay que seguirles la corriente a los lunáticos.

—¡Y bien! Grandes proyectos, ¿eh? Gira de conferencias, quince ciudades… ¿Qué me dice de eso? ¡Es usted la reencarnación del viejo Charley Dickens!

—Solo con la mayor humildad puede uno aspirar a seguir los inmortales pasos de Boz.

El periodista le dirigió una mirada inexpresiva; su estado natural parecía ser la falta total de comprensión, de modo que no se turbó en absoluto.

—¡Sensacional!

—Si me disculpa, ahora debo subir a bordo…

—¿Cuál es su preferido?

—¿De qué me habla?

—Me refiero a los relatos de Holmes. ¿Prefiere alguno en particular?

—No sé…, tal vez aquel de la serpiente… Lo siento, pero ahora no recuerdo el título.

El hombre hizo chascar los dedos y lo señaló.

—*¡La franja moteada,* una historia fantástica!

—Supongo que no habrá leído ninguno de mis… otros libros.

—¿Qué otros libros?

—Lo imaginaba. Ahora discúlpeme, pero debo irme…

—Muy bien, pero antes dígame la verdad: ¿qué espera encontrar en América?

—Mi habitación de hotel y un poco de intimidad.

—¡Ja! No se haga ilusiones. Es usted noticia, señor Doyle. La sherlockmanía. Es como una fiebre, amigo. Tendrá que acostumbrarse. Harán cola para saltarle encima.

—¿Para saltarme encima?

—Todo el mundo se muere de ganas de desvelar el misterio, ¿comprende? ¿Quién es este tipo? ¿Qué lo hace funcionar? ¿Qué clase de mente retorcida puede concebir unos relatos como estos?

—Qué espantoso.

—Oiga, ¿por qué cree que el periódico me ha sacado pasaje en este buque? Para echarle a usted un primer vistazo, esa es la idea.

—¿Que tiene usted pasaje en este buque? —dijo Doyle. Lamentablemente, era demasiado tarde para cambiar de planes.

—Muy bien, he aquí mi propuesta —prosiguió el hombrecillo, y se acercó a él con aire furtivo y confidencial—: Si me ayuda usted con unas cuantas exclusivas, puedo facilitarle mucho las cosas al otro lado del charco. Tengo contactos en Nueva York. Animales, vegetales y minerales; lo que usted diga. El cielo es el límite. En bandeja de plata. —Le guiñó un ojo. Qué extraordinario personaje.

El agente de la aduana le devolvió la documentación a Doyle con una tímida sonrisa que dejaba al descubierto varios huecos en su dentadura.

—No tenía por qué matarlo, ¿verdad, jefe?

—Todos hemos de morir algún día —respondió Doyle con afabilidad, y tras recoger los papeles se dirigió a paso vivo hacia la verja.

El periodista salió en pos de él y le plantó una tarjeta ante la cara.

—Me llamo Pinkus. Ira Pinkus. Del *New York Herald.* Piense en mi propuesta, ¿quiere?

—Gracias, señor Pinkus.

—¿Puedo invitarlo a cenar conmigo esta noche?

Doyle sacudió la cabeza y sonrió.

—¿Y unas copas? ¿Un cóctel? ¿Qué me dice?

El guardia de la verja detuvo a Pinkus. ¿Sería posible? ¡Sí!, el periodista aún no había cumplimentado los trámites de aduana. Creció la distancia entre los dos; Doyle volvió a sonreír. ¿Existía alguna experiencia humana más puramente placentera que el hecho de escapar?

—Entonces, ¿tiene algún plan para resucitar a Sherlock? —gritó Pinkus—. ¡No puede dejarlo enterrado en los Alpes suizos! ¡Queremos más relatos! ¡Sus lectores están a punto de sublevarse!

Doyle no volvió la vista atrás. Al frente, un corrillo de actividad: Larry con el carretón, Innes pagando al mozo de cuerda. Los obreros portuarios subían el equipaje por la pasarela. Algo más allá, una hilera de sencillos ataúdes de madera pasaba directamente de un carro destartalado a la bodega de carga del buque; cadáveres que volvían para ser enterrados en la patria.

Es curioso, pensó Doyle; en toda travesía transatlántica viajaba discretamente algún cadáver, pero por lo general los embarcaban la noche anterior, para que los pasajeros no los vieran. Debía de ser un envío de última hora.

Desde el puente, unos oficiales miraron a Doyle con preocupación; uno de ellos consultó el reloj. Faltaban dos minutos para el mediodía. Al parecer, aquellos iban a ser los últimos pasajeros en subir a bordo, junto con los cadáveres e Ira Pinkus.

O, con un poco de suerte, sin Ira Pinkus.

—Me temo que no queda tiempo para acompañarlos a bordo —dijo Larry.

—Entonces, nos despediremos aquí. Esta es la correspondencia de esta mañana —respondió Doyle, y le entregó un generoso fajo de cartas.

—Cuánto lamento no viajar con usted. —Larry bajó la cabeza con expresión tan triste como la de un sabueso.

—No más que yo, Larry —le aseguró Doyle al tiempo que le daba unas palmadas afectuosas en el hombro—. No sé cómo me las arreglaré sin tu ayuda, pero alguien debe atender los asuntos de aquí. Y nadie mejor que tú, amigo mío.